

EL ESPÍRITU SANTO

I- Amor del Padre y del Hijo

No nos alcanzará toda la eternidad para conocer y amar del todo con nuestra inteligencia a Dios, ya que es infinito y nosotros finitos. Santo Tomás: «De Dios es más lo que desconocemos que lo que conocemos», y mientras más noción tenemos de lo que desconocemos a Dios, en realidad es cuando más lo conocemos. Lo que sucede es que una persona cuanto más conciencia tiene de Dios más se abisma de la grandeza y más puede decir “qué poco que sé”. Dios nos supera. Dentro de este misterio Dios sin dejar de ser Uno, es Trino. Tres personas distintas en un solo Dios verdadero.

La palabra Persona está puesta por el Magisterio de la Iglesia, pero también es una aplicación de algo humano a algo divino, en el sentido que Dios es siempre mucho más, infinitamente más.

San Agustín, cuando se quería convertir al cristianismo, había algo que le impedía entender el misterio de la Santísima Trinidad. Caminando por la playa y pensando, en eso ve un niño que iba de la playa al mar y del mar a la playa buscando agua y la tiraba en un hoyito. En un momento le dice al niño “¿qué quieres hacer?” y el niño le contesta “_Quiero meter todo el mar adentro de este hoyito. San Agustín le dice “¿no te das cuenta que el mar no entra ahí?” “¿_Y tu no te das cuenta que la inmensidad de Dios no cabe en tu cabecita?”. San Agustín queda extasiado con la respuesta, y cuando vuelve a agradecer al niño ya no estaba... era un ángel que Dios le había mandado.

A un niño le podemos decir que la Santísima Trinidad es como tres cerillas o fósforos, que al unirse se forma una sola llama. Una sola llama, tres cerillas.

Santo Tomás explica que, como somos imagen y semejanza de Dios, la mejor manera de explicar a la Santísima Trinidad es por analogía con el pensamiento humano: Cuando nosotros pensamos, generamos un verbo (una idea) que en filosofía se llama “verbo mental” o “concepto”, que no somos nosotros. Conozco una piedra, y tengo un concepto de piedra. Es una idea de la piedra que está afuera, por eso podemos captar la realidad. También puedo unir o deducir cosas y crear conceptos nuevos, que no tienen que ver directamente con una abstracción de la realidad sino que son deducciones. También me puedo pensar a mi mismo. De estas ideas, y también de nosotros mismos nos podemos “enamorar”. Ahí está lo que se llama el juicio propio, que es un hijo de la soberbia, que es un defecto de quienes están tan enamorados de sus ideas que no hay quienes se las cambie. También me puedo enamorar de la idea de mi mismo, que en definitiva es enamorarme de mi mismo, pero es de mi idea.

Salvando las infinitas distancias Dios se piensa a sí mismo, y en ese pensarse a sí mismo Dios genera, engendra la Persona del Hijo, el Verbo eterno, el Logos. Es tan perfecto el pensamiento de Dios sobre Sí mismo que genera otra Persona, y entre el Padre y el Hijo existe un amor tan grande que también se espira el Espíritu Santo. Tres personas, un solo Dios. Es

un misterio inefable, lo estoy diciendo demasiado sencillo, hasta donde nuestra pequeña inteligencia limitada trata de esbozar con los datos revelados: Dios me ha dicho Yo soy Uno y Trino. Lo dijo Jesús en la Escritura.

Se pregunta Santo Tomás si se puede conocer la Trinidad por la razón, y no, obviamente que no. La razón humana llega a conocer a Dios como la causa de los efectos que vemos. Hay un conocimiento de Dios natural, pero nunca puedo llegar a conocer que es Uno y Trino porque eso excede absolutamente la inteligencia. Dios nos lo revela. Pero dice Santo Tomás que es necesario el conocimiento de las divinas Personas, por algo el Señor lo ha revelado, y da dos motivos:

Artículo 1: La trinidad de personas divinas, ¿puede o no ser conocida por razón natural?

El conocimiento de las personas divinas nos fue necesario por un doble motivo.

1) *Uno*, para entender correctamente el sentido de lo creado. Pues, así, al decir que Dios todo lo hizo con su Palabra, se excluye aquel error que sostiene que Dios todo lo produjo por necesidad de la naturaleza. Y al poner en Él la procesión del amor, se manifiesta que Dios no produjo las criaturas movido por la necesidad, ni por alguna otra causa extrínseca, sino por el amor de su bondad. Por eso Moisés después de decir: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra (Gen 1,1)*, añade: *Dijo Dios: Hágase la luz (v.3)*, para manifestar la Palabra divina; y después dice: *Vio Dios que la luz era buena (v.4)*, para manifestar la aprobación del amor divino. Lo mismo sucede con las otras obras (v.6ss).

2) *El otro* motivo, y el principal, fue para que entendiéramos correctamente el sentido de la salvación del género humano, que se lleva a cabo por el Hijo encarnado, y por la gracia del Espíritu Santo¹.

¿Porqué el nombre de Espíritu Santo?

Conveniencia del nombre: Espíritu Santo.

Uno de los motivos: «por su misma significación. Pues en las cosas corpóreas la palabra *espíritu* parece indicar cierto impulso y moción. De hecho, al aire espirado y al viento los llamamos espíritu. Por lo tanto, es propio del amor, que mueve e impulsa la voluntad del que ama hacia lo amado. Por otra parte, la santidad se atribuye a aquello que está ordenado a Dios. Así, pues, porque la persona divina procede por amor con el mismo con que Dios es amado, es adecuado que sea llamada *Espíritu Santo*»².

Ad 3

El nombre *Espíritu* en cuanto que implica cierta fuerza impulsora (*vim motivam*).

In sacramento confirmationis datur plenitudo spiritus sancti ad robur.³ (En el sacramento de la confirmación se nos dá la plenitud del Espíritu Santo para tener esa fortaleza propia que necesita el cristiano en éste mundo).

¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, I^a q. 32 a. 1 ad 3.

² *Idem*, I^a q. 36 a. 1 co.

³ *Idem*, III^a q. 65 a. 1 ad 4.

TEOLOGÍA DE LA CARIDAD, ROYO MARÍN.

Noción sobre el Espíritu Santo.

El **Espíritu Santo** es, como ya dijimos, el término del amor nocional en Dios. Es el resultado del amor inefable con que se aman mutuamente el Padre y el Hijo.

He aquí cómo se verifica esta maravillosa procesión del Espíritu Santo. El Padre, contemplándose a sí mismo desde toda la eternidad, forma o engendra una Idea infinita que le representa y expresa totalmente. Es como su Verbo mental, una especie de Palabra substancial y viviente en la cual se dice y expresa todo entero. Viendo este Verbo, Imagen perfectísima de sí mismo reflejada en el espejo limpiísimo de la esencia divina, el Padre le ama con un amor sin límites. Y el Verbo, que es la Luz del Padre, su Pensamiento, su Gloria, su Hermosura, el Esplendor de todas sus perfecciones infinitas, devuelve a su Padre un amor semejante, igualmente eterno e infinito. Y, al encontrarse la corriente impetuosa de amor que brota del Padre con la que brota del Hijo, salta -por decirlo así- un torrente de llamas, que es el Espíritu Santo: Amor único, aunque es mutuo, viviente y subsistente; abrazo, vínculo, beso inefable que consume al Padre y al Hijo en la unidad del Espíritu Santo.

El P. De Regnon expresa esta realidad inefable con una comparación muy bella. Hela aquí:

«Dios mío, Padre, Hijo y Espíritu Santo! ¿Me consentiréis una comparación tomada del más tierno de los amores entre vuestras obras? Yo me imagino dos pequeños gemelos que juegan entre sí y se abrazan a la vista de su madre. A aquella edad que ignora todavía el egoísmo, el amor brota derechamente del uno al otro, y no se oye más que un solo grito de alegría que sale a un mismo tiempo de ambos corazones: «Te quiero»; y la madre, íntimo testigo, se regocija con esta palabra: ¡Se aman!»

«Dios mío, Padre, Hijo y Espíritu Santo!, vuestro misterio es mucho más puro y bello. Es un Padre y un Hijo que se dicen mutuamente: “Te amo”, y esta exclamación es tanto más única cuanto la virtud de exhalarla viene a la vez del Padre y del Hijo; y este amor es de tal suerte íntimo, que es su propio y único testigo; y tan substancial, que es una tercera persona que los une».

Por su parte, el docto y piadoso Sauvé saca de esta doctrina fecundas enseñanzas para la vida práctica. He aquí algunas de ellas:

«En el Espíritu Santo se consume el impulso del Padre hacia el Hijo y del Hijo hacia el Padre. “Hay-dice Santo Tomás-tendencia del Padre hacia el Hijo y recíprocamente, esto es: tendencia del amante hacia el amado” (1 37,1 ad 3). El amor de amistad tiende hacia fuera: ésta es su condición. Y así, en Dios, fuente y dechado del amor de caridad y amistad, hay un infinito impulso del Padre y del Hijo, uno hacia otro; impulso inmenso, viviente y personal. Y no penséis que ese impulso, al terminarse, al consumarse en el Espíritu Santo, deja de ser activo; antes lo es en tal grado, que grandes doctores, como San Cirilo, le llaman La Acción natural, viva y subsistente de la substancia divina»; o la perfecta, completa y viviente Operación, como dice San Atanasio.

El impulso de la luz, que recorre tan aceleradamente el espacio; el impulso del astro hacia su término, que huye constantemente delante de él; el impulso del meteoro que cae; el del rayo que hiende el cielo desde oriente a occidente; el del proyectil hacia su blanco; el del corazón más apasionado hacia su ídolo.... no son sino imitaciones lejanas del infinito impulso que hay en Dios.

Y este impulso divino y su término infinito, el Espíritu Santo, están en mi alma. ¿Hasta qué punto la arrastran? ¿Cuáles son mis aspiraciones hacia el Padre y el Hijo, de quienes el Espíritu Santo es el atractivo; y hacia el Espíritu Santo, atractivo divino en persona? ¿Cuáles son mis ardores apostólicos respecto de las almas? ¿Cuáles mis deseos del cielo, cuál mi impulso hacia Dios, belleza infinita; cuál mi esperanza de poseerle, cuál mi deseo

de la virtud, de la perfección que me manda o aconseja; cuáles mis plegarias para obtener la gracia de servirle mejor acá abajo y de verle en el cielo, y cuáles mis temores de ofenderle y de verme eternamente privado de su amor por la condenación? ¡Infelices condenados! Separados de todo cuanto les embelesaba y seducía en la tierra, volverán a sentir en la eternidad este impulso hacia Dios que está en el fondo de nuestra naturaleza, y que el Espíritu Santo quería haber divinizado en ellos por la gracia y la gloria. Este impulso arrancará, por decirlo así, al alma de sí misma; pues, eternamente atraída por este profundo atractivo, no podrá ni querrá seguirlo; enormemente infeliz, será al propio tiempo eternamente perversa, no queriendo arrepentirse ni amar».

Y comentando, un poco más abajo, el nombre de *ósculo divino* entre el Padre y el Hijo con que la tradición cristiana designa también al Espíritu Santo, escribe todavía el mismo autor:

«Pensemos en el ósculo más puro y tierno: en el beso de una madre a su hijo. ¡Cuántas cosas exquisitas se hallan en este beso! Mejor aún, pensemos en el beso que María, la más pura de las vírgenes y la más amorosa de las madres, daba al Niño Jesús, su hijo y su Dios, y en el beso que el divino Niño le devolvía. Pensemos en la unión de aquellas dos almas, en la fusión de aquellos dos corazones. Y de aquí levantémonos todavía más al ósculo y unión eterna del Padre y del Hijo. Este ósculo es el Espíritu Santo. ¡Oh ángeles y santos! Vosotros, que no alcanzaríais a decirnos la ternura y gozo que había en el beso de María y de su divino Niño, ¿podríais explicarnos el amor que hay en este ósculo ardiente, viviente, personal, que es el Espíritu Santo?

Yo sé, ¡oh Espíritu divino!, que sois también el ósculo con que Dios abraza al alma, y el alma abraza a su Dios. En vos es donde tiene con ella una comunicación inefable y una familiaridad que causaba estupor a los santos».

Efectivamente: estas realidades sublimes llenaban de admiración y de estupor a los santos. Bajo la acción de los dones del mismo Espíritu Santo, que les proporcionaban una inefable *experiencia de lo divino*, los santos desfallecían de amor ante estas maravillas que dejan indiferentes a la mayor parte de los hombres. Inmersos en la materia, preocupados únicamente por las cosas de la tierra, los corazones mundanos están del todo incapacitados no ya para *sentir*, sino incluso para entender estas divinas exquisiteces. Ya San Pablo advierte que *«el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios; son para él locura y no puede entenderlas, porque hay que juzgarlas espiritualmente» (1 Cor. 2,14)*. En el cielo la contemplación de estas divinas maravillas constituirá el fondo substancial de nuestra eterna y embriagante felicidad.

Se puede meditar todo esto con fruto, y pensar todo lo que implica ese amor de Dios a nosotros que es el Espíritu Santo, pero tratemos de evitar volar a las alturas y perder lo concreto que es el servicio a Dios. Por eso la mística de servicio de san Ignacio «qué he hecho por Cristo, qué hago por Cristo, qué he de hacer por Cristo»; «Obras son amores y no buenas razones» (**Lope de Vega**), pero más concretamente cómo estoy con relación al pecado, que es lo más contrario a Dios. Por eso dice San Pablo en Efesios que no entristezcamos al Espíritu Santo, y como dice San Cirilo de Jerusalén «Él te ha de dar los dones de toda clase de gracias si no le contristas por el pecado».

Por eso bajemos al concreto en nuestra vida y busquemos evitar todo pecado y tener una conciencia clara de lo que es el pecado, porque esa es una manera de no entristecer al Espíritu Santo.

San Juan Pablo II decía «La Iglesia, por consiguiente no cesa de implorar a Dios la gracia de que no disminuya la rectitud de las conciencias, que no se atenúe su sana sensibilidad ante el bien y el mal. Ésta rectitud y sensibilidad está profundamente unida a la acción íntima del

Espíritu de la verdad. Con ésta lucha adquieren un significado particular las exhortaciones del apóstol “No extingáis el Espíritu, no entristescáis el Espíritu Santo”».

Por eso tener cuidado aquello de **Isaías 5, 20**: *«Ay de los que llaman al mal bien y al bien mal, que tienen las tinieblas por luz y la luz por tinieblas, que tienen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo».*

Que el Espíritu Santo tenga lugar en nosotros por la vía de la gracia, no lo entristezcamos con el pecado, y que meditemos en ese amor, esa corriente de amor entre el Padre y el Hijo, que es el Espíritu Santo que está en nosotros, que nos dejemos amar por Dios, que recibamos ese ósculo divino, ese beso de Dios, y busquemos amarlo, porque amor con amor se paga.

Que en todo esto sea nuestra guía, nuestra protectora, nuestra Madre, ¡todo! La divina esposa del Espíritu Santo, nuestra Madre del Cielo.

¡Ave María y adelante!